

# CAPÍTULO 2: DISFRUTANDO DE UNA RELACIÓN SÓLIDA CON CRISTO

Un intenso hambre espiritual parece estar apoderándose de las personas que guardan los mandamientos de Dios. Durante los años transcurridos desde que salió de la imprenta mi primer libro sobre la oración, he recibido cientos de cartas y llamadas telefónicas preguntándome cómo lograr una relación más estrecha con Jesús. Pero en los últimos 12 meses, me ha sorprendido que tantas personas hayan usado la expresión «una relación sólida» para expresar su deseo de acercarse a su Salvador. Un amigo nuestro de Nueva York escribió: «Ahora que mi esposo y yo estamos jubilados, estoy dedicando más tiempo de oración a nuestros cinco hijos adultos y a sus familias, para que puedan disfrutar de una relación sólida con Cristo». Otro lector dijo: «Necesito tener una relación sólida con mi Señor». Una persona comentó: «La razón principal por la que me apropio de su valioso tiempo es que necesito y quiero una relación sólida con el Señor Jesús; ¡por favor, ayúdenme!».

El hecho de que tantas personas hayan usado la expresión «relación sólida» me lleva a creer que el Espíritu Santo está actuando en el pueblo de Dios de una manera extraordinaria, para guiarlo a una unión con Cristo que lo hará semejante a Cristo en carácter.

Hace aproximadamente un año recibí una carta de un profesional en el campo del marketing al que llamaría Sr. T. Estaba muy interesado en el tema de la semejanza a Cristo y me pidió mi número de teléfono. Poco después recibí una llamada suya. Después de contarme sus éxitos en el mundo de los negocios, el Sr. T dijo que ahora estaba centrando su atención en buscar una relación más

cercana con nuestro Señor Jesús. Conversamos alrededor de dos horas, y gran parte de lo que discutimos lo cubriré en este capítulo.

Su primera pregunta fue por dónde empezar. La Biblia nos dice, le expliqué, que «toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Santiago 1:17). A la luz de esta Escritura, si queremos disfrutar de una relación sólida con Cristo, no hay mejor manera de obtenerla que hablar con nuestro Padre celestial al respecto en oración. Y he descubierto por experiencia que nada llama tanto su atención como nuestra conversación con él en oración acerca de su Hijo y el carácter divino de Cristo. Algo que me sucedió después de unirme a la Iglesia Adventista del Séptimo Día me dejó grabado para siempre ese hecho.

En esa época trabajé como colportor, vendiendo nuestros libros a los católicos franceses de Quebec, y lo hice durante más de seis años. Durante los primeros dos años y medio, sin darme cuenta, me deslicé hacia la práctica de la salvación por obtención, mientras buscaba la bendición de Dios en mi vida. Entonces el Señor me ayudó a ver que Él no estaba dispuesto a bendecirme como yo le pedía. No podía responderme, debido a la forma en que yo lo estaba haciendo. Fue una experiencia amarga para mí, y por un tiempo me angustió mucho. Pero después de que abandoné el enfoque de la salvación por obtención, el Señor pudo honrar mis peticiones de oración. Ahora lo considero como una especie de experiencia de Jonás. En ese momento, Hilda y yo decidimos guardar todo el episodio para nosotros mismos y no contárselo a nadie. Pero recientemente hemos decidido compartirlo. Tal vez alguien pueda beneficiarse de nuestra triste experiencia. La describiré en un capítulo posterior.

Reconociendo que todo don bueno y todo don perfecto proviene del Padre, le dije al Sr. T que debía buscar de Dios un don especial del Espíritu Santo que le permitiera entender, apreciar y obtener la semejanza de Cristo en su vida. Eso, a su vez, le haría pensar como

Jesús piensa y sentir como Jesús siente. Entonces se encontraría haciendo y disfrutando de aquellas cosas que agradan a nuestro Salvador. «¿Podría ser que mis oraciones no estén llegando a Dios?», preguntó de repente el Sr. T. «A veces tengo esa impresión». Respondiendo que su pregunta era buena, señalé ejemplos en la Biblia en los que el pueblo de Dios se había privado de Su ayuda especial porque había violado Su ley, o un mandamiento, como cuando los israelitas atacaron la ciudad de Hai (véase Josué 7). Además, Isaías 59:1-2 nos dice que el pecado actúa como un aislante entre Dios y la humanidad. Corta toda comunicación divina-humana. Inmediatamente el Sr. T me aseguró que al final de cada día, confiesa todos sus pecados y arregla las cosas con Dios.

Después de haber discutido el problema del pecado en estos tiempos modernos durante unos minutos, llamé la atención del Sr. T sobre un factor que algunas personas pueden considerar demasiado insignificante como para preocuparse por él, pero que yo he tenido mucho cuidado en mi relación con Dios. Se trata del elemento de la injusticia.

En 1 Juan 1:9 se nos dice que «si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad». Creo firmemente que son esas pequeñas cosas que nunca oímos mencionar desde el púlpito las que tan a menudo impiden que nuestras oraciones lleguen a Dios. La voz del Sr. T cambió al hablar mientras declaraba con entusiasmo: «Sr. Morneau, creo que lo que está diciendo cambiará extraordinariamente mi vida. Por favor, explíqueme en detalle cómo llegó a esa conclusión».

Empecé con una experiencia que me había sucedido cuando tenía 6 años. En el otoño de 1931, mi padre trajo a casa nuestra primera radio. Si no me falla la memoria, fuimos la primera familia en kilómetros a la redonda que tenía uno de esos magníficos aparatos. Nos traía las noticias de la noche de la ciudad de Quebec, eso si nada interfería con la señal que venía de las torres de radio. Para nosotros, los niños, era muy emocionante ver a los hombres

instalando la antena de 300 pies desde lo alto de nuestra casa hasta la de un vecino. La mayoría de las veces, la estática hacía casi imposible escuchar la transmisión lo suficientemente bien como para seguir las palabras. Incluso ajustar los controles era a veces un ejercicio inútil. Silbidos, crujidos, chirridos y otros sonidos ahogaban la señal. Luego, en 1937, mi padre compró un nuevo modelo mejorado que podía filtrar las interferencias antes de que llegaran a los altavoces, y nos maravilló la claridad con la que ahora podíamos escuchar al locutor. El 25 de diciembre escuchamos al Papa presentar su mensaje de Navidad desde Roma. Luego, el 1 de enero, escuchamos al rey de Inglaterra dar su saludo de Año Nuevo al Reino Unido.

La tecnología de la radio ha encontrado una manera de eliminar los obstáculos que antes bloqueaban la comunicación electrónica. Esa experiencia en particular nunca me ha abandonado y, a lo largo de los años, la analogía con la oración me ha impulsado en mi camino cristiano a asegurarme doblemente de que ni el pecado ni la injusticia impidan que mis oraciones lleguen a Dios.

El señor T. me pidió que me explicara cómo comienzo una oración. Le expliqué que he adoptado como forma de vida el no pedirle nada al Señor sin antes pedirle perdón si he permitido que mis pensamientos, palabras o acciones me separen de Él. Aunque haya conversado con el Señor en oración solo media hora antes, si vuelvo a orar, primero elevo mi corazón a Dios en agradecimiento y luego me aseguro de que nada se haya interpuesto entre nosotros.

«Padre precioso que estás en los cielos, me regocijo sobremanera en la multitud de tus tiernas misericordias, y te agradezco nuevamente por la infinita compasión, bendiciones y gracia que manifiestas continuamente hacia mí y hacia las personas por las que oro. Mi corazón llega hasta Ti, oh Dios, con un profundo entendimiento del hecho de que el pecado y la injusticia nos separan de Ti, así que si de alguna manera he dejado que pensamientos, palabras o acciones bloqueen nuestro canal de comunicación, te

vido perdón por ellos, y te agradezco por apropiarme para mi vida los méritos de la sangre divina que Cristo derramó en el Calvario para mi salvación.»

La razón principal por la que comienzo mis oraciones de la manera en que lo hago es que vivimos en una generación malvada, corrupta y perversa. La inmoralidad abunda en todas partes, llenando nuestras mentes de pensamientos impuros. La contaminación mental contamina a todo aquel cuyo corazón no se mantiene puro por el poder del Espíritu de Dios. Aquí hay un versículo de las Escrituras que recuerdo con bastante frecuencia: «¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón» (Salmos 24:3, 4). El hecho de que haya memorizado una gran cantidad de textos bíblicos a lo largo de los años ahora hace posible que el Espíritu Santo llene mi mente con ideas sobre cosas espirituales. El Espíritu usa esas Escrituras para impulsarme a vivir una vida recta.

«¿Existe alguna manera de que pueda memorizar versículos de las Sagradas Escrituras en este momento de mi vida?», preguntó el señor T. «Tengo más de 50 años. ¿Tiene algún consejo que pueda darme para que memorizar sea fácil y agradable? Siempre me ha resultado difícil aprender de esa manera».

Le aseguré que la edad no tiene nada que ver con el éxito en la memorización. Incluso a mi avanzada edad todavía llevo en mis bolsillos trozos de papel con pasajes que me esfuerzo por memorizar siempre que mi mente no está preocupada con otras cosas. Le dije que sólo sigo dos pasos. Primero. Nunca intento memorizar nada sin pedirle a Dios que deposite el poder de su Espíritu Santo sobre mí, condicionando mi mente para captar y fotografiar mentalmente lo que quiero memorizar. Lo siguiente puede parecer un poco infantil, pero para mí funciona maravillosamente bien. Mi padre me lo enseñó cuando a los 7 años estaba memorizando el catecismo católico.

En segundo lugar, creo que es muy importante que escribas cada línea y palabra exactamente como aparecen en la página. Verás, estarás tomando numerosas imágenes mentales del material que deseas memorizar y, años después, podrás citarlo libremente, ya que verás en tu mente la página de la que se tomó el pasaje y dónde estaba ubicado en la parte superior, central o inferior de esa página. Debes subrayar (quizás en rojo) las líneas que deseas memorizar.

Ahora es el momento de tomar fotografías mentales. Tienes guardado en tu mano tu programa de respaldo, un valioso trozo de papel al que recurrirás cuando lo necesites. Ahora toma tu primera fotografía mental. Concentra tu atención en el material subrayado. Observa con atención cada palabra de esa primera oración y luego haz clic en una imagen mental de ella. A continuación, aparta la mirada del libro y lee la oración a partir de la imagen que tienes de ella en tu mente.

Como la impresión que queda en tu mente puede ser muy débil al principio, debes repetirla varias veces para agudizar esa imagen mental. Cuando sientas que tienes una comprensión sólida de esa frase, pasa a la siguiente y sigue el mismo patrón, luego continúa hasta que hayas dominado todo el primer párrafo. Si algo te distrae por algún tiempo, en la primera oportunidad que tengas, vuelve a leer la imagen almacenada en tu mente. Si se ha desvanecido, dejándote con la incertidumbre de cómo fue el pasaje, vuelve al libro o a tu programa de respaldo, ese trozo de papel que tienes en el bolsillo. Sigue reforzando esa imagen mental leyéndola una y otra vez hasta que el material se haya convertido en parte de la estructura misma de tu ser. Pronto podrás recordarlo y citarlo días después sin ningún esfuerzo de tu parte. Sobre todo, no intentes memorizar nada hasta que hayas pedido la bendición del Señor sobre ti. Le expliqué al Sr. T que esta fórmula está funcionando bien para personas de todas las edades. Hace poco más de un año se lo di a un joven de 22 años llamado Michael, que estaba estudiando la Palabra de Dios sobre las creencias adventistas del séptimo día. El Espíritu de Dios bendijo tanto su mente que pronto memorizó una

gran cantidad de versículos de la Biblia, y ahora está trabajando en capítulos enteros. Hace unos seis meses, el pastor Sherman Jefferson bautizó a Michael en la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Escalon, California. El joven está disfrutando de una relación sólida con Cristo. (Una de las razones por las que estoy tan emocionado por su experiencia es que es mi nieto).

En otro caso, una mujer de 84 años me dijo con entusiasmo que está memorizando versículos especiales de la Biblia para animar a otros y ayudarlos a encontrar un verdadero amigo en Jesús. (Ella tiene muchos nietos). La mujer me contó cómo su relación con Jesús se ha intensificado desde que comenzó a memorizar pasajes de las Escrituras. Cuando escucho de tales experiencias, reafirma mi creencia de que la Palabra de Dios es en verdad una vía divina de poder y vida. Esa abuela de 84 años hizo un comentario interesante: «Una amiga mía me dijo que es una tontería que memorice la Palabra de Dios a mi edad. Señor Morneau, ¿cree que ella tiene razón?»

Inmediatamente clamé en silencio a mi Señor: «¡Querido Jesús, por favor ayúdame!». Necesitaba darle una respuesta rápida e inteligente, y por naturaleza, tiendo a pensar las cosas lentamente antes de llegar a una conclusión, es decir, no tengo dentro de mí la capacidad de decir espontáneamente lo correcto, de la manera correcta, en el momento correcto. Por eso, en mi impotencia, he aprendido a invocar inmediatamente la ayuda divina. Entonces siempre siento que me invade una gran calma cuando Dios me da las palabras que necesito.

«Querida hermana», le dije, «creo que ustedes dos están hablando de períodos diferentes. Ella tiene en mente el tiempo que una persona promedio de 84 años puede vivir en esta vida presente, y usted está pensando en los años que le quedan aquí, más el tiempo ilimitado en la tierra hecha nueva. Allí vivirá para siempre y adquirirá conocimiento que le traerá revelaciones más ricas y aún más gloriosas de Dios y de Cristo». Su voz se llenó de emoción

cuando respondió: «Sí. Sí, eso es lo que quiero. Para eso vivo. Y me siento mucho más cerca de Jesús al memorizar la Palabra de Dios. Sr. Morneau... ¿podría darme algunos versículos bíblicos u otro material que me ayude a pensar en la vida eterna de la manera en que usted acaba de decir? Me daría mucho aliento». Le dije que leyera Isaías 65:17-25, que habla de la vida eterna en la tierra hecha nueva, luego cité tres párrafos de El conflicto de los Siglos. Al describir la magnífica experiencia que disfrutarán los redimidos, Elena White escribió:

«Allí, las mentes inmortales contemplarán con deleite inagotable las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. No habrá ningún enemigo cruel y engañoso que tiente al olvido de Dios. Se desarrollarán todas las facultades y se aumentarán todas las capacidades. La adquisición de conocimientos no cansará la mente ni agotará las energías. Allí podrán llevarse a cabo las empresas más grandiosas, alcanzarse las aspiraciones más elevadas, realizarse las ambiciones más elevadas y, sin embargo, surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que evocarán los poderes de la mente, el alma y el cuerpo» (p. 677).

«Y los años de la eternidad, a medida que transcurran, traerán revelaciones más ricas y aún más gloriosas de Dios y de Cristo. A medida que el conocimiento sea progresivo, también aumentarán el amor, la reverencia y la felicidad. Cuanto más aprendan los hombres acerca de Dios, mayor será su admiración por su carácter. A medida que Jesús les revela las riquezas de la redención y los logros asombrosos en el gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecen con una devoción más ferviente y con un gozo más extasiado tocan las arpas de oro; y millones de veces millones y miles de miles de voces se unen para engrosar el poderoso coro de alabanza...

«El gran conflicto ha terminado. El pecado y los pecadores ya no existen. El universo entero está limpio. Un pulso de armonía y

alegría late a través de la vasta creación. De Aquel que creó todo, fluyen vida, luz y alegría, a través de los reinos del espacio ilimitado. Desde el átomo más diminuto hasta el mundo más grande, todas las cosas, animadas e inanimadas, en su belleza sin sombras y su alegría perfecta, declaran que Dios es amor» (p. 678). Cuando hice una pausa, la oí sollozar y le dije: «Hermana, ¿estás bien?». Me aseguró que todo estaba bien y que sin duda las lágrimas habían brotado cuando el Espíritu Santo tocó su mente con un profundo sentido de aprecio por lo que Jesús había hecho por su salvación. Luego quiso saber cómo había memorizado tanto material hermoso e inspirador. Le expliqué que durante los años que fui gerente de ventas de la división del Departamento de Directorio Telefónico de Continental Telephone, conducía hasta 40.000 millas por año. Gran parte de ese tiempo de viaje lo empleé no sólo en memorizar ciertos datos esenciales para mi negocio, sino también material que consolidaría mi caminar cristiano. (Debo mencionar también que a veces incluso pasé horas citando las Escrituras y los escritos de Elena White, especialmente por la noche, para evitar quedarme dormido al volante.)

Después de relatar dos o tres experiencias más de personas que disfrutaban de una nueva y más fuerte relación con Cristo, el Sr. T. dijo que había llegado a la conclusión de que esas personas habían descubierto una nueva fuente de poder para sus vidas. «Una que siempre existió», añadí, «pero de la que no se habían valido por falta de comprensión», y enfatiqué el hecho de que necesitamos el gran poder del Dios Creador en nuestra lucha contra el yo, el pecado y el poder de los ángeles caídos, y que ese elemento divino puede entrar en nuestras vidas sólo por medio del Espíritu Santo. Para que mi punto quedara claro, le cité un párrafo de Testimonios para la iglesia:

«Cristo declaró que la influencia divina del Espíritu estaría con sus seguidores hasta el fin. Pero la promesa no se aprecia como debería ser, y por lo tanto su cumplimiento no se ve como podría ser. La promesa del Espíritu es un asunto en el que se piensa poco, y el

resultado es sólo lo que podría esperarse: sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia espiritual y muerte. Asuntos menores ocupan la atención, y el poder divino que es necesario para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en su infinita plenitud» (tomo 8, pág. 21). «Increíble», comentó el Sr. T. «Aquí estamos, el pueblo de Dios dando vueltas en círculos (por así decirlo) año tras año, haciendo todo lo posible para acercarnos a Dios excepto lo correcto. Nuestras oraciones quedan sin respuesta, y nos hemos acostumbrado tanto a eso que cuando algunas reciben respuesta, nos sorprendemos y nos preguntamos si otras recibirán respuesta en poco tiempo». Estuve de acuerdo con él, luego me detuve unos segundos para ver en qué dirección me estaba guiando el Espíritu de Dios.

«¿Podrías citar ese pasaje una vez más?», preguntó. «Quiero escuchar de nuevo que la promesa del Espíritu Santo no fue apreciada».

«Antes de hacerlo, señor T.», le respondí, «siento que debo recordarle que hemos estado hablando durante más de una hora. Esta llamada le costará un dineral a esta hora del día». No expresó preocupación alguna por el costo, sino que afirmó que el bienestar espiritual de sus hijos adultos y sus familias significaba todo para él.

A medida que continuamos, recalqué la importancia de exaltar a Cristo ante los demás como el gran Redentor que es, y de dar crédito al Espíritu Santo por cada bendición de Dios que Él trae a nuestras vidas y a las vidas de aquellos por quienes estamos orando. Me pidió que le explicara.

He dicho que hay un capítulo en la Biblia que valoro por encima de todos los demás y siempre me refiero a él como el capítulo del poder: Mateo 27. He adquirido el hábito de leer los versículos del 24 al 54 todos los días para recordarme constantemente el sacrificio que Cristo tuvo que hacer para lograr mi salvación. Aunque sólo me

lleva cuatro minutos leer el pasaje, el Espíritu de Dios llena mi mente con impresiones divinas durante el resto del día. El relato me lleva desde el tribunal de Pilato hasta el Gólgota, donde el Hijo de Dios expiró en la cruz. He descubierto por experiencia personal el gran poder de los méritos de la sangre de Cristo y la gran fortaleza espiritual que recibo cuando concentro mi atención en el Calvario. Contemplar la muerte de Cristo nos vacía de nosotros mismos.

Para que el poder divino actúe en nuestras vidas y oraciones, debemos declarar ante Dios Padre nuestra inutilidad total. En otras palabras, debemos vernos como pobres mortales, que no servimos para nada. La Biblia declara que «todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia» (Isaías 64:6). Cuando confesamos este hecho al Padre y lo acompañamos con una súplica por los méritos de la sangre de Cristo, reconociendo que Cristo es nuestro único medio de salvación, entonces el Padre nos bendecirá con el «lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo» del que habla Tito 3:5. Las respuestas a nuestras oraciones entonces estarán llenas de poder, y el Espíritu Santo realizará maravillas de redención en las vidas de aquellos por quienes oramos. El Espíritu obrará de la misma manera que el Nuevo Testamento registra que lo hizo por los primeros cristianos. Le dije al señor T que justo antes de que Cristo expirara en la cruz, el poder del Creador adquirió una nueva dimensión: se convirtió en una fuerza redentora, el poder de Dios para salvación. «De pronto, la oscuridad se disipó de la cruz, y con tonos claros, como de trompeta, que parecieron resonar por toda la creación, Jesús exclamó: «Consumado es». «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Una luz rodeó la cruz, y el rostro del Salvador brilló con una gloria como el sol. Entonces inclinó la cabeza sobre el pecho y murió... Hubo un violento terremoto. La gente se estremeció en montones. Se produjo la más salvaje confusión y consternación. En las montañas circundantes, las rocas se partieron en pedazos y se desplomaron en las llanuras. Los sepulcros se abrieron y los muertos fueron arrojados de sus tumbas. La creación

parecía estremecerse hasta convertirse en átomos» (El Deseado de todas las gentes, pág. 756).

El relato que hace Mateo de este suceso es sumamente interesante: «Jesús, habiendo clamado otra vez a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad. Y aparecieron a muchos. El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sucedido, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mateo 27:50-54).

Cada vez que leo esos cinco versículos de las Escrituras, siempre me viene a la mente una cita entrañable de El Deseado de todas las gentes: «El amor a Dios, el celo por su gloria y el amor por la humanidad caída trajeron a Jesús a la tierra para sufrir y morir. Éste fue el poder que controló su vida. Él nos invita a adoptar este principio» (p. 330).

Cuando me familiaricé con estos pasajes en la época en que buscaba por primera vez una relación sólida con Cristo, los convertí en tema de oración y busqué de Dios el Padre esos elementos de justicia y un carácter como el de Cristo. Recuerdo bien cómo, a medida que el Espíritu me impartía el amor divino de Jesús por la humanidad caída, me di cuenta de que me preocupaba profundamente el bienestar de los demás. Ese anhelo me impulsó a comenzar a orar con gran fervor para que el Espíritu Santo de Dios ministrara las gracias de la redención a los sujetos de mis oraciones.

También fue el momento en que comencé a ver que mis oraciones eran respondidas de maneras maravillosas y emocionantes. Como dije en el prefacio, desde que escribí mi último libro sobre la oración, el Señor me ha quitado de ser un abridor de puertas, y ahora me

está involucrando en Su obra de mover montañas. Y cuando ayudo a las personas a adquirir una relación sólida con Cristo, sus oraciones llenas de poder también abren el camino para que el Espíritu Santo mueva montañas que impiden la salvación de otras personas.

Creo que en la tierra renovada, aquellos que en esta vida presente se involucran en la obra del Señor de mover montañas recibirán las mayores recompensas. De vez en cuando, un ángel del Señor te presentará a una persona cuya salvación se remonta a tus oraciones llenas de poder. Oraciones que abrieron el camino para que el Espíritu Santo realizara poderosas obras de redención en favor de esa persona. Puedo imaginar lo emocionados que estaremos cuando conozcamos a una persona así.

Hace algún tiempo, un ministro que había leído y disfrutado mis libros sobre la oración me preguntó por qué le daba tanta importancia a la escena del Calvario. «Sé de muchas buenas razones que podrías darme, pero ¿qué es lo que está por encima de todo lo demás en tu mente?» Inmediatamente dirigí mis pensamientos al Lugar Santísimo del santuario celestial y dije en silencio: «Querido Jesús, por favor ayúdame». Al instante, el Espíritu de Dios me ayudó a responder: «Allí es donde está el poder».

Sí, ahí es donde podemos encontrar el poder que nos dará la victoria sobre nosotros mismos, sobre el pecado, sobre los atractivos del mundo y, sobre todo, sobre el poder de los ángeles caídos. El poder de Dios para salvación (Rom. 1:16), nos permitirá comer del árbol de la vida en medio del paraíso de Dios (Ap. 2:7), y nos hará posible sentarnos con Jesús en su trono (Ap. 3:21). Es el poder de nuestro Señor Jesús, nuestra Fortaleza y nuestro Redentor. Por eso trato de inspirar a otros a involucrarse en un ministerio de oración que encuentre su poder al pie de la cruz de Cristo. Como le dije al Sr. T, para disfrutar de una relación sólida con Cristo necesitamos que el Espíritu Santo nos moldee y nos eleve a una atmósfera pura y santa en la que las ricas corrientes del amor de Cristo puedan fluir a través de nuestro ser. A su vez, el Espíritu Santo nos usará para

bendecir la vida de otros. Nuestra conversación telefónica llegó a su fin. El señor T dijo que sentía que su experiencia cristiana había alcanzado nuevos niveles de comprensión. Se disculpó por haberme tenido al teléfono durante dos horas, y afirmó que sus necesidades espirituales se habían vuelto tan grandes que no podía dejar de llamarme cuando lo hizo. Le deseé las más ricas bendiciones de Dios y le pedí que me hiciera saber de vez en cuando cómo me estaba bendiciendo el Señor.

Pasaron unos 10 meses, hasta que una noche, a las 11:00, sonó el teléfono. El señor T me preguntó si estaba bien hablar conmigo a esa hora tan tardía. Como acababa de dormir una siesta de dos horas que me había dejado descansado y sintiéndome bien, me sentí más que feliz de hablar con él. Sin perder tiempo, le pregunté: «¿Cómo es tu caminar con el Señor?».

Su respuesta fue rápida y positiva: «Amigo mío, me complace decirte que estoy disfrutando de una nueva y maravillosa experiencia con mi Señor. He estado prestando mucha atención a lo que llamas las «pequeñas cosas que ayudan a una persona a acercarse a Dios», y eso está marcando una gran diferencia en mi experiencia cristiana». «¿Crees que estás disfrutando de una relación sólida con Cristo?»

«Sí», respondió de inmediato, «y por la gracia de Dios, nunca cambiaré mi vida. La vida se ha vuelto tan significativa y me emociono al ver el poder de Dios bendiciendo las vidas de las personas por las que estoy orando».

Él manifestó que una de sus mayores alegrías fue ver al Espíritu de Dios ayudar a aquellos por quienes ha estado orando, hombres y mujeres con quienes se codea en el mundo de los negocios. Ora para que Jesús perdone sus pecados e injusticias, y les dé los méritos de la sangre que derramó en el Calvario para su salvación. «He memorizado Romanos 15:13, y he estado orando para que Dios me haga abundar en esperanza 'por el poder del Espíritu Santo'. Y

además, le pido que me bendiga con esa fe viva de la que me has hablado. Para mi gran sorpresa, Él está respondiendo mis oraciones de maneras maravillosas. Tan pronto como veo al Espíritu de Dios obrando bendiciendo la vida de una persona en respuesta a mis oraciones, inmediatamente agradezco a mi Padre celestial y al Señor Jesús por haberlo hecho todo posible.

«Desde que hago esto, me he dado cuenta de que voy caminando cada vez más con el Señor. Por ejemplo, he descubierto que después de llegar a mi oficina por la mañana, mientras supuestamente leo el periódico, me encuentro hablando en silencio con el Señor en oración sobre los problemas que enfrento en el mundo de los negocios. Me encomiendo a mí mismo y todas mis responsabilidades a Su cuidado, y la mayor parte del tiempo, mientras oro de esta manera durante 30 a 45 minutos, ni una llamada telefónica me interrumpe y todo marcha sin problemas en nuestra operación». Luego agregó que su secretaria había observado recientemente que desde que había comenzado a leer el periódico durante largos períodos en lugar de los 10 a 15 minutos habituales, había notado un cambio drástico para mejor en todo el establecimiento. También me dijo que debido a que las cosas habían ido tan bien para él, deseaba de alguna manera poder pasar más tiempo en oración por sus hijos adultos. Después de pensarlo mucho, concluyó que el mejor lugar para orar era allí mismo, en su oficina acristalada. Allí podría relajarse y mantener una conversación silenciosa con el Señor. Así que, después de regresar de su almuerzo, alrededor de las 2:00 p. m., se sienta en su escritorio con algunos de los libros de contabilidad de la empresa u otros materiales comerciales, pasando lentamente las páginas como si estuviera verificando cosas. Al mismo tiempo, ora por su familia, su iglesia y aquellas personas que el Espíritu Santo le trae a la atención. Explicó que realizaba sus devociones a su manera solo cuando los asuntos de la empresa no eran urgentes. Dado que las demandas de su tiempo por parte de la corporación consumían gran parte de su tiempo privado después del horario laboral, esto se equilibraba.

Una cosa que lo había ayudado especialmente a tener una relación más estrecha con Jesús, me dijo, fue la idea que había compartido con él sobre la importancia de apreciar el poder de la redención liberado en el Calvario. Él atribuyó un gran cambio para mejor en las vidas de sus dos hijos adultos a que él había dejado de intentar obligarlos a vivir con rectitud.

«He dejado de predicarles», explicó. «Mi confianza en los méritos de la sangre expiatoria de Cristo, la gracia de su ministerio en el santuario celestial, el corazón infinito de amor de nuestro Padre celestial y el poder del Espíritu Santo para obrar milagros de redención me han permitido abstenerme de intentar salvarlos por medio de las cosas que digo. Se ha producido un gran cambio en mi vida. Ahora soy un hombre muy feliz al ver a mis hijos pensar positivamente en asuntos espirituales cuando antes no tenían ningún interés en ellos».

Me habló con entusiasmo de su biblioteca de préstamos. «Fue una gran sorpresa», me dijo. Una vez, mientras viajaba por el país con otros ejecutivos en el jet corporativo, sacó de su maletín un ejemplar de «Un viaje a lo sobrenatural» y comenzó a leer. Al poco rato, el presidente de la corporación, que estaba sentado frente a él, le preguntó de qué trataba el libro con velas en la portada.

El señor T se lo entregó, diciendo que era una experiencia que un miembro de su iglesia había tenido con el mundo sobrenatural varios años atrás. El presidente corporativo se dirigió al índice y leyó los títulos de los capítulos en voz alta, luego comentó: «Estos títulos son fascinantes. ¿Puedo leer algunas páginas? «¡Increíble, asombroso!», dijo el hombre mientras leía. Un rato después comentó: «Este es un libro que todos deberían leer». Llamó a su secretaria y le preguntó si estaría dispuesta a leer algunos capítulos del libro en voz alta. Caminaron hacia la mesa de conferencias y se sentaron, y ella comenzó a leer. Un rato después llamó al señor T para hacerle un par de preguntas. Y cuando vio el interés de algunos de los otros ejecutivos, los invitó a la mesa de conferencias también. Leyeron y

discutieron con entusiasmo las experiencias del libro. El señor T observó con gran deleite cómo el Espíritu Santo se movía en las mentes de las personas, impulsándolas a hacer preguntas. Todos expresaron su decepción cuando el avión finalmente aterrizó.

El presidente de la compañía preguntó cómo obtener un ejemplar del libro. El señor T mencionó las Librerías Adventistas, pero no perdió tiempo en decir que tenía algunos ejemplares que prestaba, pero que, si alguien quería adquirir un ejemplar, él les vendería uno nuevo. Apenas podía creer lo que oía cuando todos le pedían que comprara un ejemplar. Después de leer el libro, la esposa del presidente le pidió a su esposo que le preguntara al señor T si el autor había escrito otros libros. Desde entonces, ella ha comprado mis libros sobre la oración. Mi corazón se emocionó con un gozo nacido del cielo cuando el señor T me dijo que el hombre había declarado que su esposa sin duda se uniría a la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

## UNA VIDA LLENA DE ACCIÓN

Me ha interesado observar que quienes escriben acerca de encontrar una manera de acercarse a su Señor parecen llevar una vida activa. Estos hombres y mujeres están acostumbrados a alcanzar sus objetivos. Si un hombre como el Sr. T, que lleva sobre sus hombros grandes responsabilidades corporativas, puede encontrar una manera de hacer tiempo para lo que él llama «las cosas realmente importantes de la vida», aquellos de nosotros que tenemos menos responsabilidades y menos exigencias deberíamos considerarnos privilegiados y deberíamos dedicar aún más tiempo a orar por los demás. Es lo que debemos hacer como Cristo ahora que vemos que se acerca la gran cosecha final.